

ANGÉLICA Y EL DOCTOR

Angélica, dicen, no era bella. Pero tenía el pelo oscuro y unos ojos que sugerían mundos de insospechado regocijo. Sus funciones en la administración municipal no eran precisas: frecuentemente aparecía, segura de sí, en las recepciones oficiales, con sus trajes algo provocativos pero siempre correctos. Recibía en el aeropuerto a dignatarios y visitantes ilustres, y con su sonrisa equívoca entraba en todas las oficinas con la naturalidad de una dueña de casa.

Fue un mes de Agosto, un día tan caluroso como cualquiera de los otros, cuando el Doctor Rentería llegó a nuestra ciudad. Sus ropas impecables, costosas y formales desafiaban impávidas el aire húmedo de la tarde. El doctor, todavía delgado en sus cincuenta y tantos años, se enfrentó de inmediato a la envolvente bienvenida de Angélica, al guiar eficiente de sus largas piernas, al colorido del aire tropical. Encontró que su agenda estaba minuciosamente preparada y que contaba incluso con un discreto margen de libertad para atender sus eventuales compromisos personales. Antes de que concluyera la noche deseó que en ellos no se omitiese la presencia sedante de la recién conocida Angélica.

Dejó con los funcionarios locales, siempre algo distante y comprensivo, aseguró alianzas con los dirigentes del partido y, todavía fresco y descansado, se encaminó hacia la cena de gala que le ofrecía el alcalde. Ella vino a buscarlo a un sindicato en el negro automóvil oficial que conducía Guevarita, el chofer sempiterno de tantas autoridades transitorias. Con una elaborada cortesía que demostraba con soltura no ser impersonal ella le preguntó si prefería pasar antes por el hotel pero el doctor, todavía eufórico por la positiva actitud de los sindicalistas, prefirió continuar directamente. La conversación entre ambos fue breve y memorable: él refirió sus mejores anécdotas ante una oyente activa e inteligente, que realizaba con color los relatos y terminaba por estimular las confidencias. Casi con pesar se encaminó hacia el repetitivo deber de los hombres ilustres, recargado de discursos, homenajes y brindis.

Sus palabras, ante un auditorio dócil, fueron aún más sugestivas y elocuentes que siempre: pocos dudaron de que pudiera alcanzar la misma presidencia de la república. Pero él, ya en la hora indecisa en que se prepara la partida, no tuvo sosiego hasta que ubicó el color esmeralda del vestido de Angélica. Nada pudo hacer, en todo caso, salvo decir unas pocas galanterías que le sonaron lamentablemente vacuas. Ella esta vez no pudo acompañarlo, aunque sembró la promesa de un renovado encuentro.

Lo despertó temprano, por teléfono, cuando todavía en la habitación del hotel reinaban la oscuridad y los temblores del aire acondicionado.

-¿Doctor, cómo está usted?

-¿Quién es? -repuso todavía con voz ronca.

-Soy yo, Angélica, ¿ya no se acuerda de mí?

-Claro que sí, querida señora. Disculpe usted un momento.

Al rato regresó, ahora con el tono normal y conocido, buscando nuevamente los elogios que pudieran acercarla. Por fin, tomó una decisión distinta:

-Pero, no podríamos postergar un poco esa reunión? Me encantaría que usted pudiera desayunar aquí conmigo, conocerla mejor.

-Se va a cansar usted de mí, doctor, si me sigue viendo tan seguido.

-Eso sí que me parece imposible. ¿No va a venir entonces?

Ella accedió sin mostrarse entusiasta, sin dar a entender, tampoco, que estaba haciendo una concesión. Pero dejó abierto un espacio para que todo pudiera interpretarse como una forma especialmente atenta de cumplir con sus deberes oficiales.

Llegó a la hora convenida, con su pelo recogido y una chaqueta castaña, sin curiosidad y sin prisa. La conversación, esta vez, fue más difícil.

El era un hombre práctico que había aceptado ya la idea de que nunca más podría enamorarse. Su misma posición lo complicaba todo: fuera de las convencionales formas que debían sujetarlo públicamente a María Inés y más allá del viejo amor con Lila, que era de hecho muy poca cosa más que afable camaradería, quedaba una tierra de nadie propicia para las excursiones nocturnas y las aventuras con ambiciosas jóvenes. Tenía muchas amigas, sin duda, como solía recalcar con socarronería su secretario, pero el amor quedaba lúcida y rigurosamente excluido de contactos semejantes. Había alcanzado la ardua sabiduría de aprender de lo ocurrido a otros, del triste papel de aquellos que ingenuamente creían ser queridos más allá de sus cargos, su dinero o su prestigio. Ahora, en verdad, ante esos ojos que sin duda también sabían calcular, se sentía de hecho desconcertado por su propia conducta.

Comenzó por buscar alguna fórmula que los alejara de los temas previsibles, fuera del ámbito normal de la política y de las funciones oficiales. Pero algo en su mirada le dijo pronto que ella no tenía interés en divagar sobre la geografía de la región o las repeticiones inevitables de los hoteles de lujo. Hubo un silencio, ninguna ayuda, y una decisión que se impuso inflexible a su pericia de hombre acostumbrado a tomar, precisamente, decisiones.

-Yo sé que se estará preguntando qué pretendo. -Hizo un silencio, esta vez calculado-. Sí, es eso que usted piensa, exactamente. El forastero ha quedado cautivado por la dama a primera vista, no se ría, por favor; es la justa verdad.

-Usted se engaña seguramente, doctor, no puede ser, así. Tal vez es la influencia de otra cosa, la ciudad, no sé..

-A la ciudad la vengo visitando desde hace treinta y cinco años. Angélica, sé que usted no puede creerme, por supuesto. Ni sé tampoco qué compromisos tiene. Pero, ¿no quiere hacer una pequeña prueba?

Sonreían. El, seductor y casi tímido; ella como jugando, como advirtiendo que podría levantarse inmediatamente o que, tal vez, estaba esperando precisamente algo así desde hacía mucho tiempo. -¿Qué prueba será esa?

-Comparta simplemente conmigo, en la forma en que guste, esos espacios en blanco que dejó en mi programa. Venga conmigo, conversemos, no estará de más que nos conozcamos un poco.

Ella no persistió en disculpas, ni recorrió el camino de las anticipadas aclaraciones. Ni afirmó, ni se apresuró a trazar los límites que podrían enmarcar de algún modo a la naciente relación. Y eso, desde luego, maravilló a Javier Rentería. Sólo dijo, casi riéndose:

-Doctor, tenemos que salir de prisa. No se olvide que ahora no estamos en uno de esos espacios en blanco de su agenda, como usted dice. Nos esperan los empresarios y un almuerzo en el campo.

Pasaron el largo día juntos, entre adulaciones, petitorios y manjares selectos. Al promediar la tarde ya intermitentemente se tuteaban. Ella comenzó a admirar secretamente su vitalidad y sus agudas respuestas, asistiéndolo con delicadeza y recibiendo ocasionales comentarios de una sinceridad punzante. Hacia el anochecer, en realidad, había quedado establecido un vínculo entre ambos, una forma de discreta complicidad en las inevitables pequeñeces de la política a la que se añadía una mutua voluntad de agradar, implícita y firme. La despedida fue calurosa, lenta, plena de miradas silenciosas.

Pero de allá hasta el viernes, cuando él debía regresar a la capital, hubo sólo contactos fugaces, que sirvieron para demostrarle la asombrosa intensidad de su deseo. Angélica no utilizó los recursos -tal vez legítimos- con que suelen estimularse las relaciones nacentes: no pudo acompañarlo en esas recorridas donde complejamente parecían articularse tantos secretos, intensos y contradictorios sueños de poder. Pero el último día, el día en que puede sentirse -a veces- que el mismo mundo está a punto de terminarse, ella lo llamó. Y Javier, el mismo Javier que a los ocho años soñaba con batear un milagroso jonrón en el noveno inning, sintió que esta vez por fin los dioses habían dicho que sí. Se besaron, intensa y concientemente, se tomaron de las manos como adolescentes, y él pudo articular la ritual fórmula "te amo", que Angélica por supuesto no creyó pero que sirvió, previsiblemente, para rendirla. Fue en definitiva, quizás por obra misma de la situación de ambos, un primer desenlace casto, simple, rodeado de promesas que ellos pensaron imposibles de cumplir. Y que cumplieron.

Cuando, ya en la capital otra vez, él enfrentó el concurrido ámbito de sus oficinas, tuvo que aprender a convivir con dos hechos que se le antojaron sorprendentes. Las declaraciones dadas en su viaje habían sido bien comprendidas por la prensa -eso era insólito- y ahora el partido se agitaba en una contienda despiadada que tenía por centro precisamente a su persona. La tormentosa espera, colmada de paciencia, había acabado por fin; él se sentía bien

dispuesto y seguro de sus fuerzas, casi alegre. Pero también recordaba el sobrio encantamiento de las manos de Angélica, evocándola con increíble nostalgia. Y no tenía a nadie a quien contar lo sucedido. A nadie.

En esos días lo vieron muchas veces sosteniendo una sonrisa apenas esbozada, atravesando con sus ojos claros la figura de sus interlocutores. Es como si ya fuese Presidente de la República, pensaba Becerra, como si ahora todo estuviera dispuesto para la gran contienda. Pero él enfrentaba también otro problema, que en esas circunstancias se le hacía intolerablemente arduo: lograr el modo de que ella se acercara hasta él, hasta ese mundo que dirigía pero que no controlaba por completo.

Fue gracias a la paciencia adquirida en largos años de frustraciones y de esperas, mediante cartas, llamadas telefónicas y algunos pocos mensajeros de confianza que Javier pudo, por fin, ver otra vez los ojos de esa distante mujer ante los suyos. No había sido tanto el tiempo, en verdad, sino la lenta obstinación de todo aquello que parecía negarle el derecho a vivir un amor.

Les estuvieron vedados los parajes usuales a los que recurren los enamorados. Ningún parque, ningún sitio nocturno hubiese sido lo suficientemente discreto para ellos. Por eso tuvieron que aparecer ante los otros bajo el manto protector de las relaciones partidistas: se encontraron en la oficina de él, en el despacho que mantenía en el centro de la ciudad, en medio de la rutina de las entrevistas y las reuniones. Se besaron, ahora con demorado apasionamiento. Ella se veía feliz, envuelta en ligeros colores a los que el aire de la tarde daba más brillo.

Por fin él dijo:

-Me gustaría poder llevarte al cine, a cenar, a caminar por la calle. Pero tú sabes que no nos está permitido todo eso. No soy un hombre libre.

-Lo entiendo perfectamente, Javier; haremos lo que tú quieras. él algo, algo azorado:

-Podríamos ir a cenar a un sitio donde me esperan; de esa forma te haré conocer a otra gente. Pero para estar solos, lo lamento, la única alternativa es encontrarnos en tu hotel. Tengo la forma de entrar con discreción pero, quiero que me entiendas, no deseo imponerte nada.

-No te preocupes, de verdad. Organiza la cosas del modo que mejor te parezca. Confío en tí. Nada me impondrás que yo antes no desee -agregó riendo.

Cenaron con dos empresarios y la doctora Carmen Tello, una antigua dirigente del partido. La comida fue agradable y la conversación, bien llevada por todos, no decayó en ningún momento. Hacia el final él aclaró, respondiendo a una velada pregunta:

-Sí, espero que Angélica nos acompañe desde la capital. La necesitamos para esas tareas delicadas de coordinación que los dirigentes más conocidos no pueden a veces hacer.

Casi una hora más tarde, por la penumbra de una entrada lateral, Javier Rentería se introdujo en el Hotel Columbia. Nervioso, se dirigió hacia un ascensor de servicio; presionó el número seis. Consciente de que violaba todas las normas de seguridad, se acercó por un solitario pasillo alfombrado hasta la habitación 614. Golpeó levemente.

Ella lo esperaba con el mismo vestido de la cena, una revista en la mano y una mesa de bebidas que había hecho subir. Conversaron en realidad más de lo que los dos esperaban, porque ninguno parecía atreverse a comenzar lo que sabían que, casi con seguridad, irían a hacer; eran tantos los deseos de Javier de tocarla, de abrazarse con ella, que él parecía el más interesado en prolongar esos momentos algo ambiguos, donde el diálogo era a la vez pretexto y deliciosa experiencia.

Alcanzaron por fin la anchurosa cama y, poco a poco, también la intimidad, que fue haciéndolos sentir más libres a medida que transcurría la noche. El descubrió con placer - antes del alba- que podía mostrarse tal como era ante esa mujer intensa y comprensiva. Angélica, sin quererlo, entendió que el prejuicio respecto a las edades le había hecho esperar una noche más calma.

A las seis y media, mientras velaba la suelta cabellera de la mujer dormida, él comenzó a escribir. Le dirigió una tierna nota donde, además de las frases de amor que tardó mucho en escoger, aparecían con precisión los lugares y las horas de las actividades del día. Se fue tan silencioso como vino.

En las siguientes semanas todo el partido se ocupó, febrilmente, de la próxima Convención. Los seguidores del Doctor Rentería pudieron comprobar, entonces, que ninguna batalla política está ganada de antemano: algunos viejos dirigentes, los más conservadores, comenzaban a unirse con los grupos que acaudillaba el fogoso Mendizábal, un hombre para el que Rentería no era nada más que un viejo y estúpido caudillo. Las cuentas, en realidad, no estaban claras: había sólo una mayoría precaria que podía quebrarse a la menor equivocación.

Pero Javier Rentería tuvo que pensar, más allá de la lucha, en los riesgos que siempre convocan las victorias. Porque estaban María Inés, sus hijos, la imperturbable Lila. Había encontrado en Angélica algo más que una ayudante eficaz o inteligente; ella tomaba iniciativas lúcidas, realizaba sus deseos no expresados y sabía juzgar a los demás con precisión equitativa. Lo importante, sin embargo, es que él sentía que lo amaba.

Con María Inés tuvo una conversación sutil, plagada de esquivos sobreentendidos, en la que él supo decirle que en nada ella iría a perjudicarse. Su posición social, su nombre, serían irreprochablemente respetados. Ella, con la fría hostilidad de siempre, se limitó a exigirle algunas garantías económicas. Con Lila, en cambio, se atrevió a ser más franco.

-Sabía que terminarías en eso, Javier -le dijo con una sonrisa que no acababa de disimular su desagrado.

-¿Como presidente?

-¡Enamorándote otra vez como un pendejo!

Pero al fin aceptó. Aceptó no perturbar su ascenso a cambio de algo intangible pero decisivo para ella:

-Mira, puedes hacer lo que quieras; no soy yo la que te va a joder. Pero quiero que todo el partido sepa que sigo teniendo tu confianza, que a mí también me esperan triunfos y posiciones importantes.

Al final, hecha la paz después de una tormenta que nunca alcanzó a estallar, ella lo despidió con un "Ten cuidado" de resonancias casi maternas.

Angélica y el doctor continuaron viéndose, sin traicionar en público las relaciones que tenían, sin aparentar tampoco una distancia que hubiese sido sospechosa para algunos. Y la vida política, esa especie de delirio de poder que envuelve tan fácilmente a los hombres, también siguió su curso: Javier Rentería venció con soltura en las primarias y se sumergió en una campaña electoral que -aburrida durante los meses de las lluvias, pero luego crecientemente dura y cargada de amenazas- lo llevó a alcanzar el mágico cuarenta y cuatro por ciento que le permitió -una noche de algarabía- saludar a la multitud desde el balcón de su residencia en Las Flores. María Inés, por supuesto, se encontraba a su lado, sonriendo sin euforia desde su horrible vestido de satén.

Angélica, poco después, se convirtió en "Coordinadora de la Oficina de Enlace para las Relaciones con el Poder Legislativo" -o algo semejante- lo que la alejó de los periodistas pero le permitió desplazarse con fluidez por los laberintos del poder.

Dicen que en muchas ocasiones, en el recargado salón azul desde donde despachan los presidentes, el Doctor Rentería, con una sonrisa apenas esbozada, atraviesa con sus ojos claros la figura de sus interlocutores.

Carlos Sabino

Maracaibo, 1986 - Caracas, 1991